

Hace 23 años, oí hablar en Turin a Edmundo de Amicis de su simpatía hacia los actores, en general. «Siempre voy al teatro—decía—dispuesto a aplaudirlos o, en el peor de los casos, a excusarlos». Una simpatía semejante tengo yo para los dramaturgos. Esto quiere decir que mis aplausos han de valer poco a sus ojos, pero no por ello dejo de darlos. Acabo de leer *A la sombra del amor*, de José Fabio Garnier, y para él son ahora mis palmadas.

\*  
\*\*

De los géneros literarios, si prefiero el dramático es por ser el que menor dosis de subjetivismo tolera. Para expresar la vida en toda su armoniosa heterogeneidad e interesar a las multitudes de los teatros, el dramaturgo tiene que reprimir su *yo*, obligándolo a hacer el papel del espejo que refleja y enfoca. El drama requiere, de parte del compositor, fuerza, salud, vida. Un místico—o *hipertrofiado del yo*—lo más que puede dar para el teatro es una *féerie* o espectáculo fantástico, de celebridad ocasional o temporal; nunca un drama universalmente admirable.—E. J. R.